

BUSCANDO SU APODO

JESÚS VALENTÍN GARCÍA LÓPEZ

64

—

2025

3

Buscando su apodo

*Imprime: Publicidad El Castillo
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com*

Depósito legal: CO-919-2025

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2025
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

Antonio Martos Muñoz
Isabel Lobato Padilla
Dionisia Llamas Marín
Antonio Jesús Aguilar Guerrero
Paloma Ocaña Morales

Vicente Clavet se encuentra alzado a treinta centímetros del suelo, su cuerpo sobre un viejo y despintado taburete de pino, con la intención de quedar a menos de esos treinta centímetros, pero sin llegar al suelo. La razón de que esto pueda darse es la existencia de una soga que rodea el cuello de Vicente por un extremo y se anuda en una viga del doblado al otro. La casa está alejada del pueblo, en una de sus fincas, de las menores, pero de las más queridas, y eso era todo un halago para quien o lo que fuera, pues para Vicente, desde que fuera Vicentito y hasta después de convertirse en don Vicente, lo de querer había sido siempre asignatura pendiente.

Está el pueblo cercano a la costa, compuesto de casas blancas que reciben la sal del aire que les llega del este, pueblo de pescadores sin mar y de agricultores sin tierra. A levante, el Mediterráneo espera cada mañana a los vecinos que, tras recorrer los cinco kilómetros que los separan de sus aguas, se le adentran para vivir de sus frutos. La tierra se desparrama generosa ofreciendo su lado fértil al norte y al oeste, mientras que al sur se empantana en marismas, convertida en negro fango que algunos remueven en busca de almejas y berberechos.

Pero, así como el mar nunca tuvo dueño sino gente capaz de construir barcos y embarcarse para tomar de él sin pedir permiso, la tierra suele pertenecer a personas, casi nunca las ocupadas en trabajarla. De modo que en el pueblo unas pocas familias se reparten desde siempre todo lo susceptible de poder constituirse en fortuna: tierra y barcos, estando el resto

obligados a trabajar de una u otra forma para ellos. Los Clavet son una de estas afortunadas familias, y Vicente ha terminado por ser su cabeza, como antes lo fue su padre y aún antes su abuelo. Todos señores, uno Pedro, el otro Luis, pero ambos, como Vicente, siempre con el don por delante. Los Clavet eran propietarios de casi la mitad de los terrenos cultivables del término municipal y aunque no poseyeran barcos, sus integrantes siempre fueron de los más poderosos e influyentes. Alguno fue alcalde y otros no quisieron serlo por no tener ganas de complicarse una vida que por lo general se limitaba a darse los gustos que se le antojaban sin la menor preocupación. Vicente fue de estos últimos.

Vicentito nació rodeado de comodidades. Dotada de los más modernos adelantos, su casa distaba mucho de cualquier otra del pueblo y se parecía más a las viviendas de la capital, donde la

familia poseía un piso amplio y bien situado que habitaron durante cierto tiempo, cuando don Pedro quiso despegarse de la rusticidad y probar a ser un completo urbanita, pero del que renegaron aduciendo una nostalgia insuperable. Sin embargo, la auténtica razón, lo que verdaderamente echaron de menos en la capital, fue la manera de relacionarse con la gente. Allí se les trataba con respeto, pero uno muy diferente del que solían recibir en su pueblo, uno entre iguales, y es que allí, los Clavet en muchos aspectos eran iguales a cualquier otra persona: guardaban turno para comprar algo, se sentaban en un banco libre en misa, pagaban por la prensa..., y aunque en otras prevalecían a la mayoría, pues poseían una importante fortuna, no eran ni los más ricos ni los más poderosos. En el pueblo eran los reyes y señores de todo, de modo que Pedro Clavet marchó de la capital y regresó al pueblo, donde ya nunca

dejó de ser don Pedro, y donde nació Vicentito.

Vicentito fue un niño inteligente y despierto. En su infancia siempre se mantuvo ajeno a esfuerzos que ni se le pedían ni se le aconsejaban. Se le educó en el mandar y ser obedecido, de ese modo, desde muy temprano, fue conformando una personalidad en la que predominó un complejo de superioridad. Resultó además que creció con un aspecto agradable, siendo bastante guapo de niño y arrebatadoramente atractivo cuando adulto, lo cual contribuyó de manera notable a elevar su narcisismo; era el más rico, el más inteligente y el más guapo, eso pensaban todos y eso pensaba él. Acumuló de esa manera Vicente varios defectos que estropeaban el conjunto de su persona, quizás pudiera haber sido un hombre insigne de haberlos superados, pero hasta la fecha no ha tenido el menor interés en hacerlo. El primero era la suficiencia

motivada por ese alto aprecio a sí mismo. El segundo, derivado del anterior, era la pereza con la que se debatía a diario, pues tan sobrado estaba en todo que consideraba injustificado el menor esfuerzo para conseguir lo que de todas formas ya poseía. Gozaba de una eterna predilección por parte de todo el clan Clavet, y de un éxito arrollador entre las muchachas que, prendadas de sus encantos varoniles, su aureola de hombre importante y su derroche en los dineros, se le entregaban con una facilidad pasmosa, cayendo después en amarga desazón cuando eran reemplazadas, si bien ninguna pudo decir que fue engañada, porque a ninguna prometió algo más allá de lo que le dio, pues, como se dijo, Vicente siempre tuvo dificultades para el cariño. Un tercer defecto le venía a Vicente desde su más tierna infancia: fue siempre demasiado alegre. Esto, que en principio pudiera ser más virtud que defecto, en él pasaba por lo

segundo porque volcaba todo su desenfado hacia la burla al prójimo: le gustaba mucho reír, mucho, pero le gustaba mucho más reírse de los demás. Gozaba con cada traspié ajeno, con cada broma, más si era pesada. Sus travesuras, hechas por cualquier otro, habrían sido gamberradas, pero era Vicentito, el hijo de don Pedro, y eso lo salvaba siempre, allanándose el camino para el siguiente escarnio e instruyéndose desde muy joven en el arte de salirse con la suya.

Ya desde el colegio destacó en el arte de apodar personas. A falta de otras necesidades, destinó a ese fin su intelecto. Los frailes le hacían ver a don Pedro que su hijo desperdiciaba su talento, pero, sordo a esos avisos, él se limitaba a reñir al niño ante los religiosos y a reírle en secreto sus ocurrencias cuando le explicaba el origen de uno u otro mote. Tan solo le pedía que se abstuviera de calificar a las personas respetables, cosa que Vicentito transgredía

a sus espaldas siempre que se le presentaba la ocasión.

El colegio al que acudía Vicentito estaba regido por frailes y era el único medio decente del pueblo a los ojos de don Pedro. Tenían los religiosos costumbre de admitir hijos de personas humildes, eximiéndoles de un pago que no se hubieran podido permitir, siempre que los apadrinados mostraran una capacidad fuera de lo habitual. Por esta razón, los mejores estudiantes eran los más humildes. Ellos eran el blanco preferido del joven Clavet. Cinco de ellos estaban en su clase, y solo los frailes los llamaban por su nombre; el resto lo hacía por los apodosos que Vicentito les puso: Estropajo, Acetona, Legión, Caranabo y Coma.

Estropajo era un niño flaco y pálido cuya peculiaridad, por la que le vino el sobrenombre, era que tenía el pelo extraordinariamente rizado, parecido al de

las personas de raza negra. Fue un mote fácil que Vicente puso el primer día de conocerlo y que perduró por más que la madre del aludido, alertada, decidiera cortar el pelo a su retoño apenas asomar su particular forma. Acetona, por el contrario, presentaba un aspecto agraciado, pero su metabolismo se encontraba afectado por una rara disfunción que le hacía poseer un aliento desagradable, un olor parecido a ese líquido. El joven padeció aquel apodo por más que intentara cerrar su boca en cualquier momento y su madre lo tuviera surtido de hojas de menta fresca que continuamente mascaba. El pecado de Legión fue no tener padre conocido. En este caso, Vicente elaboró de oídas un pasado repleto de amoríos de aquella madre soltera con multitud de soldados, una legión entera, por lo que solo aquel cuerpo militar al completo podría atribuirse la paternidad de aquel muchacho sin cometer error en la

adjudicación. Caranabo debió su mote a la predilección de su madre por peinarlo con la raya en medio; es obvio decir que el apodo pervivió al cambio de peinado.

Pero el apodo más logrado, a modo de ver del mismo Vicentito, fue el del Coma. De cualquier manera, quizás aquel niño siempre habría sido fruto de calificativos despectivos debido a la crueldad que se tiene en la infancia. Así como al entrado en carnes se le dice gordo, sacopapas, tocino o boladesebo, en cualquier escuela a Gregorio, que ese era su nombre, se le hubiera podido haber dicho enano, tachuela, gnomo o pulgarcito, pues nació con un síndrome por el que nunca sobrepasaría la altura de un metro. Pero Vicentito supo ir más allá, y sus ojos escrutadores descubrieron, aún incipiente, pues más tarde se desarrollaría bastante, una joroba que hacía curvar a Gregorio ligeramente hacia delante, y esto, unido a la delgadez de sus piernas, le valió para

hacer su dictamen: el Coma, puesto que su figura se le asemejó a aquel signo de puntuación. Conforme crecía Gregorio lo hacía su joroba, obligándole a encorvarse más, y Vicente se convencía de que aquel mote era su obra maestra, concebido con cierta premonición y tintes adivinatorios, y que tendría muy complicado superarlo algún día.

Por supuesto, Vicente jamás llegó a pensar cómo afectaban sus obras a quienes las recibían, frecuentemente de por vida. Él se creyó siempre a salvo de esa práctica y por eso nunca se planteó cómo sus actos, quizás exentos en verdad de auténtica malicia pero con una implícita en su indiferencia a las repercusiones de su proceder, podían herir sentimientos, arrastrar orgullos y viciar sueños. Y en verdad, de aquellos alumnos, los tres que seguían en el pueblo continuaban siendo conocidos por sus apodos. Solo Estropajo y Legión emigraron, dejándolos en el pueblo

y volviendo a ser nombrados como antes de que Vicente se cruzara en sus vidas, con un nombre elegido por cariño a unos recuerdos, por su sonoridad o por honrar al antepasado o santo de turno, motivos todos alejados de la burla de un niño rico y consentido.

Raro es quien no tiene apodo en los pueblos, pero a menudo no tienen un significado mayor, ya sea porque se ha olvidado la razón que los alumbró con el paso del tiempo o porque hacen alusión al apellido de un ancestro o a una cualidad usualmente ni buena ni mala de algún familiar. En el pueblo, los Chía, Garnunfo o Perialta debían su apodo a peculiares apellidos, algunos ya perdidos por generaciones entreveradas de hembras, los Pajaroverde a cierta prenda adornada con ese animal que un abuelo lejano en el tiempo solía llevar y los Corralones a un antiguo patriarca que, inmerso siempre en el trayecto entre su casa y cierto corralón,

respondía invariablemente con aquella palabra cuando le preguntaban hacia dónde iba o de dónde venía. Todo apodo tenía una historia, a veces perdida en sucesivas generaciones. Sin embargo, los mote de Vicente Clavet tenían unas peculiaridades que los diferenciaban. Una era la falta de anonimato, pues Vicente Clavet se vanagloriaba de ser su autor, otra era su falta de necesidad, puesto que los apodados ya poseían otro sobrenombre asentado que acabó en desuso y reemplazado por este nuevo, receptor de la otra esas cualidades distintivas, la de ser mofa perdurable, burla desde la indiferencia y la altivez, y, en resumen, un canto, de común inconsciente, a la inferioridad que rodeaba al autor.

Vicente dejó el colegio de frailes, hizo a duras penas el Bachiller y posteriormente se estrelló en la Universidad. Su padre lo matriculó en Derecho con vistas a que en un futuro día

acumulara los conocimientos necesarios para proyectarlo a instancias superiores, pero Vicente, convencido de que su familia podía darle todo lo que necesitara en ese futuro, pensó que, de sacar aquella carrera, le esperaba una vida de trabajo y responsabilidad que no estaba dispuesto a afrontar, así que pasó su tiempo universitario acumulando juergas, despreocupado del estudio y llenando sus noches con los placeres de cualquier muchacha que se puso a tiro hasta que su padre desistió de su empeño. Don Pedro, que sabía que su hijo podía ser de todo menos tonto, entendió que el muchacho no estaba por la labor y a los cinco años se cansó de mantenerlo. Recogió así los frutos de la educación que le dio, y de la que no le dio, comprendiendo que aquello era en gran medida obra suya. Tuvo entonces con su hijo una conversación en la que le exhortó al menos a gestionar responsablemente el patrimonio de la familia en un futuro que,

por edad, don Pedro presentía cercano. El hijo juró que llegado el momento sabría hacer frente a sus obligaciones y el padre no tuvo otra que creerle.

Todo llega en la vida, y un día de octubre don Pedro dejó esta vida entre sábanas de encaje. Murió mientras dormía, incluso en eso tuvo su vida placidez. De la noche a la mañana Vicente tuvo que hacerse cargo de las cuentas de la familia, las rentas, los dineros en los bancos, las inversiones en fondos y la multitud de gente que trabajaba para él y los suyos, y entonces, solo entonces, pudo hacerse una idea de cuánto le costaría llevar todo aquello. Acostumbrado a gastar su tiempo en pasatiempos, pronto decidió elegir a gente preparada en la que delegar sus funciones. Se dio la circunstancia de que últimamente don Pedro había empleado a un vecino del pueblo, que había completado sus estudios universitarios con magníficos resultados, para llevar los

números de la casa. Vicente recordaba que su padre le había dicho que contratarlo había sido una sabia decisión, puesto que el muchacho era esforzado y trabajador. Tan bien realizaba su labor que meses antes de morir le oyó decir que por primera vez se sentía confiado en que una persona ajena a la familia manejara los dineros: «Es un muchacho increíblemente eficiente; incluso si nos ha sisado algo sería digno de elogio, pues tanto es lo que nos ha hecho ganar en el último año», fueron sus palabras, las que vinieron a la cabeza de Vicente cuando necesitó alguien con experiencia para confiarle todo aquello que él debía hacer y no quería. El hombre en cuestión no era otro que Gregorio Ibáñez, aunque Vicente solo pudo recordar su nombre cuando lo vio escrito; en realidad para él siempre había sido el Coma.

Gregorio siempre tuvo que luchar contra la adversidad, la que le hizo pobre y deforme. Su enanismo, como pudo saber

su madre cuando lo llevó a un especialista de pago —de pago muy caro, un pago de meses de fregar suelos arrodillada, de lavar la ropa de otras familias aparte de la propia y de cortar y confeccionar ropa que no era para sus hijos—, era solo uno de los efectos del síndrome con el que había nacido que además afectaría, según lo descrito en la literatura médica consultada, al desarrollo de su columna vertebral, cuya curvatura profetizó el galeno con una exactitud milimétrica que pudo corroborarse con el tiempo. El doctor preguntó si había alguien en la familia que hubiera padecido algo similar, pero la señora no supo darle una respuesta por haber sido carne de orfanato. No obstante, Gregorio resultó ser un ejemplar humano considerable: una mente prodigiosa y un corazón inquebrantable encerrado en un cuerpo caricaturesco. Lo primero le valió para prosperar en el camino del conocimiento, vedado de otro modo por falta de recursos,

y lo segundo para sobrellevar estoicamente las burlas y vejaciones que tuvo que sufrir toda su vida, las de Vicente incluidas, de las cuales, la más dura si cabe, fue la de aquel sobrenombre que odiaba tanto y por el que todos le conocían. Al acabar su licenciatura pudo elegir no volver a su pueblo y terminar así con aquella etapa de su vida, pero don Pedro le ofreció un buen trabajo, y sabía que allá donde fuera todo el mundo lo miraría con ojos burlones o, aún peor, lastimeros. Además, sintió algo parecido al orgullo por volver al pueblo licenciado. Le gustaba que los demás lo vieran pasear con el éxito a lomos de su curvada espalda, con un trabajo bien remunerado, empleado por el mismísimo don Pedro, quien hablaba maravillas de él... y que además lo llamaba siempre Gregorio en la intimidad y señor Ibáñez ante los demás. Cuando don Pedro murió, Gregorio estaba ya demasiado afianzado en el pueblo para decidir marcharse,

aunque tuvo un momento de duda. Sin embargo, decidió trabajar para Vicente cuando este le propuso continuar haciéndolo, aun a sabiendas de que nunca llegaría a llamarlo Gregorio ni señor Ibáñez.

Quizás quien no conociera a Vicente Clavet podría pensar que llamando Coma a su mejor empleado lo insultaba fehacientemente, pero nada más alejado de la realidad. Gregorio llegó a ser sus pies y sus manos, su mejor aliado en lo que se le vino encima y jamás se hubiera mofado en aquel momento de él. Era solo que Vicente siempre estuvo acostumbrado a llamar a los demás a su manera, y los nombres se le olvidaban de tanto relegarlos a sus apodos. Ciertamente que en su origen cada apodo fue concebido con su poquita o gran mala leche, pero para él, a aquellas alturas, esos eran asuntos olvidados. El Coma era el Coma, ya fuera por esto o aquello, que en el evidente caso del Coma era y seguía siendo por lo mismo, y nada más. Huelga

decir que ni Gregorio ni ninguno de los afrentados pensaba lo mismo, y únicamente consentían en ser tratados así en virtud de los problemas que ocasionaría un enfrentamiento con la familia Clavet. De cualquier manera, era cosa muy peculiar asistir a una conversación entre Vicente y Gregorio, observar la indiferencia de aquel al llamarlo continuamente por su mote y la mirada de Gregorio, su malestar, casi odio, por aquel apodo y la naturalidad con la que se empleaba.

Pasaron los años y Vicente Clavet agrandó su fortuna gracias a la inestimable aportación de Gregorio. Como solo la pereza, y no la inteligencia, lo apartaba de la validez, Vicente apreció este hecho y colmó a su empleado de dineros y prebendas entre las que nunca figuró deshacer aquel mote. Le llegó la hora de sentar cabeza y eligió una mujer más joven, guapa y rica, aunque no tanto como él, como mandaban los cánones para la gente

como los Clavet. Aquello de asentarse tuvo más de conveniencia para la continuación de su linaje que de acto motivado por algún sentimiento, puesto que Vicente jamás se abstuvo de seguir practicando el tipo de vida desinhibida y libertina de siempre, aunque desde entonces procuró guardar las apariencias para evitar escándalos y roces con su mujer.

Ella se llamaba Amanda Jaén, era hermosa y de espíritu noble. Como no era tonta, pronto se percató de que se había casado con un vividor, pero, criada ella también en buena y próspera familia, rodeada siempre de comodidad, en cierto sentido también lo era, y por eso hacía la vista gorda en muchas ocasiones. Aun así, siempre hubo un tema por el que siempre discutían: la manera en que Vicente se dirigía a Gregorio. Le resultaba desagradable que siempre lo llamara por su apodo, siendo este además tan vejatorio. Tanta fue la insistencia de

Amanda que Vicente, sobreponiéndose a su costumbre, se propuso intentar llamar a Gregorio por su nombre. Se esforzó en ello, sobre todo cuando su esposa se encontraba presente, y en las contadas ocasiones en las que lo conseguía, el nombrado miraba a Amanda, pues intuía su mano en el asunto, y ella le obsequiaba con una cálida sonrisa.

Cada vez a Vicente le fue mejor. Los dineros se agolpaban y ya no era fruto únicamente de las rentas de las tierras, resultado de las cosechas y de los intereses. Gregorio le invirtió en bolsa y con ello hizo a Clavet un hombre mucho más rico. También lo empezaba a ser Gregorio, quien invertía sus ganancias de la misma forma y con idéntico resultado a su patrón. Llegó el día que Gregorio le dijo a Vicente que ya no necesitaba trabajar más para él, que a partir de entonces lo haría para él mismo. A Vicente le sonó a traición, pero en honor a la verdad, Gregorio le

había dado demasiado como para recriminarle su actitud, así que le dio la mano y le deseó lo mejor. Por su parte, Gregorio se fue sin una mala palabra que otro quizás hubiera guardado hasta ese día. Se limitó a agradecer la confianza puesta en él y se marchó. Vicente tuvo que encontrar a otra persona que hiciera el trabajo que tan bien había desempeñado Gregorio, y como no lo encontró, puso la gestión de sus bienes e inmuebles en manos de una gestoría de la capital que todos los meses le enviaba un extracto que apenas miraba. Las cosas siguieron yendo bien, incluso en el terreno familiar, pues Amanda le comunicó que en breve sería padre.

Hacía ya tres meses que disfrutaba del fruto del vientre de Amanda, una niña pequeña, que llamaron Elena, nacida con dificultad, que arrastraba problemas de nutrición y crecimiento, tantos que tuvo que permanecer en el hospital hasta los

dos meses. Desde entonces llevaba un estricto seguimiento médico y todos los martes llevaban a la niña a consulta del pediatra.

Aquella mañana, martes, regresaron de la consulta en el más tremendo de los silencios. Ninguno se atrevía a mirar a los otros: el padre a la madre, el padre a la hija, la madre ni al padre ni a la hija, la hija, dormida, a ninguno. Flotaba en el ambiente una mezcla de sentimientos. Amanda lloraba compungida y muda. Vicente le daba vueltas al pasado entre suspiros en los que más que pena soltaba rencor, furia y desasosiego. Elena solo dormía, ajena al futuro que se le presentaba. Cuando llegaron a su destino, luego de dejar a madre e hija, Vicente volvió a embarcarse en el coche y recorrió el escaso kilómetro y medio hasta llegar al sitio donde se encuentra, subido en el taburete, absorto en sus pensamientos. Había fijado su rumbo de manera

inconsciente, quizás su mente decidió de manera automática llevarlo allí porque guardaba buenos recuerdos de aquella pequeña finca, donde solía ir de pequeño a jugar con sus amigos, montar en burro y buscar piñones en el cercano pinar. Recordaba que los Trompos lo atendían siempre con cariño y le daban succulentas meriendas. Los Trompos, en realidad, eran los Peláez, un matrimonio que ejercía de guardeses. Fue él quien les puso el apodo, cómo no. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, eran el Trompas y la Trompo. El Trompas, Tonet, era aficionado a la bebida, demasiado, de ahí el apodo, y la Trompo, Gertrudis, que así era como se llamaba aquella afable mujer que colmaba de caprichos a Vicentito, tenía una figura ciertamente peculiar: hombros exageradamente anchos, enormes pechos, los mayores del pueblo y acaso de la comarca e, increíblemente, cintura desproporcionadamente estrecha y culo casi inexistente

en el que se insertaban unas patitas de alambre, que aceradas debían ser para sostener la voluminosa parte de arriba. Para dar una idea más exacta de sus proporciones, baste decir que sus medidas era 150-75-55. A Vicentito no le hizo falta funcionar demasiado tiempo aquella máquina maléfica suya que albergaba su mente para fabricarle un mote y se ciñó a lo primero que le sugirió su silueta: un trompo.

Vicente reflexiona subido en el taburete, rememora momentos de su vida que lo habían encumbrado como el mayor de los ingenios encontrando sobrenombres y en lo que le ha pasado. Piensa en el Coma nuevamente... y en él mismo.

Esta mañana, el motivo del silencio que aún observaba fueron las palabras que había pronunciado el pediatra: «No debéis preocuparos por su salud, pero vuestra hija será siempre una niña diferente». Tras

ellas, con todo el tacto que le fue posible, comenzó a explicarles que las pruebas que le había hecho a Elena, parecían concluir que padecía una extraña enfermedad, un síndrome, que se caracterizaba por un crecimiento anormal, por el que la niña difícilmente sobrepasaría el metro de altura, y además desarrollaría un tronco pequeño cuya columna vertebral iría curvándose, constituyendo un joroba, que posiblemente dificultaría su correcto caminar, aunque esto último podría corregirse con un programa de entrenamiento. El médico le preguntó si conocían en la familia algún caso parecido, pues síndromes de aquel tipo eran claramente genéticos. Los dos, Amanda y Vicente, callaron. Él se limitó a mirarla, tan sorprendido que todavía no era capaz siquiera de avistar rencor alguno. Ella miraba el terrazo incapaz de pensar más allá del futuro pronosticado a su hija. Tras unos minutos, alzó su cara llorosa y dijo:

«Su padre sufre lo mismo», y Vicente, aun ya barruntada, se dejó abatir por la revelación. Tras la sorpresa, le vino el miedo, y luego, a ratos, rencor, odio. No lloró por su hija, pues comprendió que no tenía ninguna y el orgullo le impidió hacerlo por aquella hija del engaño.

Huyó de ellas, a pensar, y su mente escogió el sitio donde se encuentra. Ha sido el primer revés de su vida, y ciertamente es uno de enjundia. Siempre fue el niño rico, el guapo muchacho, el mejor partido, el más alegre, el señorito Clavet, don Vicente... pero ahora... ¿cómo lo llamarían el pueblo? Si esto le hubiera pasado a cualquier otro tendría claro que ahora mismo estaría buscando el mote adecuado, justo y duro, apropiado para el escarnio, algo que ahondara la denigrante situación que atraviesa. Por primera vez experimenta aquello que se da en llamar empatía, ponerse en lugar de los demás, y fue porque él ahora forma parte de los

demás. No tiene el pelo rizado, ni una madre soltera de discutible moral, no es manco, ni cojo, ni su piel es como la leche, ni surtida de pecas coloradas, ni sus orejas están demasiados despegadas, ni su nariz es grande ni torcida, no es gordo, ni flaco, no es enano... Pero de igual manera tendría que soportar a la gente volviéndose a su paso y que señalándolo le dijeran... ¿qué cosa?, ¿qué inventarían para alguien cuya mujer le había puesto los cuernos con el Coma, haciéndole una Comita para mayor escarnio?

Le sobrevino una depresión repentina, fruto de la cual había buscado una cuerda y subido al doblado donde un viejo taburete esperaba, como si siempre ése hubiera sido su destino, la razón de que se arrumbara allí entre cosas inservibles. Se ha subido a él y se ha atado la cuerda amarrada ya a la viga. Antes del paso mortal se entretien de nuevo en esa última pregunta: ¿Qué mote le pondrían? Y

como aquello siempre constituyó su actividad preferida empieza él mismo a buscarse el apodo idóneo; quiere irse con una obra ingeniosa, aun cuando sea solo para sí.

Empieza por los calificativos más simples, al alcance de cualquiera, a los que intenta añadir alguna característica con la que particularizar su caso: Clavetcornio, Vicentecabrío, Venadocente, Caracolet... Luego estima conveniente incluir, además, el hecho de ser burlado por un enano: piensa en Cornicorto, pero no lo considera lo suficientemente ingenioso. Llega a la conclusión de que debe encontrar algo más refinado y se detiene a explorar los cuentos de su infancia, en los que a veces solían aparecer enanos. Le viene a la cabeza la historia del enano saltarín, que además resultó ser un redomado artista del engaño. ¿Cómo se llamaba?, ¿Ranplaskiski?, ¿Rantaspuski?, no consigue acordarse; con razón en el cuento el enano

ponía como condición averiguar su nombre para deshacer un trato con una muchacha que acudió a él con alguna demanda, tal vez era una princesa, eran tantos los años transcurridos que tendía a mezclar los cuentos, pero cree recordar que aquella princesa era tan delicada que incluso un guisante bajo el colchón turbaba su sueño. Esto sí que promete: enano, mujer delicada, colchón..., debe seguir trabajando en esta línea. Reflexiona sobre el asunto, se encuentra la analogía: una especie de guisante humano y una mujer delicada sobre un colchón son la causa de su actual estado. Aquello le hace reír.

Quizás sea por la inconsistencia en la que se encuentra su razón o por un repentino absceso de despreocupada locura, puede que solo por un pasajero alivio de la tensión acumulada, pero el hecho es que esta risilla incipiente se convierte en un encadenamiento de estruendosas carcajadas. Tanto se ríe de sí

mismo y su situación, que empieza a retorcer su cuerpo y dar pataditas para descargar tanto desenfreno. Pero no es el piso el receptor de los golpes, sino el viejo taburete que años atrás la Trompo guardó por considerarlo ya casi incapaz de aguantar el peso de sus espaldas y de sus tetas, pues otro peso en ella no era mayor problema, y Vicente, al escuchar un crujido premonitorio, advierte enseguida que su vida peligrará. Había subido allí decidido a acabar sus días, pero aquella risa le ha llevado a la comprensión de que no todo se acaba con lo sucedido, que el Coma se llevará con toda seguridad a Amanda y a su Comita, y que él podrá y deberá ser capaz de aguantar las burlas de los demás como los demás han aguantado siempre las suyas. En definitiva, estos minutos en el taburete han cambiado su manera de ver las cosas, le han hecho más humano, y ya no quiere dejar de serlo, no quiere perder su vida. Así que cuando escucha el

lastimero quejido de la madera se queda totalmente quieto, cesa su risa y se echa mano a la soga que rodea su cuello... pero no consigue llegar a tiempo.

El taburete se rompe dejándolo a escasos centímetros del suelo, colgado de la soga de la que en vano ha intentado librarse en sus últimos momentos de vida. Vicente Clavet muere esa tarde en el doblado de aquella casa. Al final, el pueblo, de manera espontánea y consensuada, la tradicional, será el que le adjudique el apodo: el Ahorcado. Si Vicente hubiera vivido para escucharlo habría concluido que a veces el populacho no está capacitado para dar sobrenombres.